

**INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN
“PICASSO EN BOGOTÁ” EN EL MUSEO NACIONAL DE
COLOMBIA.** Santa Fe de Bogotá, mayo 11 del 2000

El artista no muere. Su vida, su sangre, su alma continúa alentando en sus obras. Y en una noche como ésta, cuando contemplamos absortos y emocionados las pinturas, los dibujos y la escultura de Picasso, el artista más importante del siglo XX, sabemos que él está con nosotros en su esencia inmortal.

Por eso hoy, con la venia de todos ustedes, quiero dirigirme a él: al “Artista”, y leerle esta carta de parte mía y de parte de una Colombia que lo recibe con los brazos, pero sobre todo con los ojos, abiertos:

Apreciado Señor Pablo Ruiz Picasso, o mejor, Maestro Pablo Picasso, como usted mismo decidió llamarse desde hace ya 100 años:

¡Bienvenido a Colombia! No se imagina cuánto tiempo llevamos esperándolo, codiciando en silencio este momento de encontrarnos frente a frente con estas obras suyas, que capturan el tiempo en unas pinceladas y que cambiaron para siempre la historia del arte humano.

Su presencia hoy en Santa Fe de Bogotá, en este paisaje andino que tanto le hubiera gustado conocer y disfrutar durante su vida terrena, es la presencia del genio del hombre en medio de un país que hoy, más que nunca, necesita de inspiración y compromiso con la vida.

Yo creo, junto con las personas que trabajaron incansablemente por hacer realidad este sueño del Museo Nacional de Colombia, que usted ha de estar muy satisfecho de presentar su obra en un país como el nuestro, y de saber que, en medio del conflicto que vivimos, los colombianos tenemos el coraje de mantenernos en pie.

Usted debe sentirse orgulloso al ver a tantos jóvenes estudiantes que desde hace una semana están acercándose a este museo, en actitud casi mística, para preparar el encuentro

con su arte. Le debe alucinar, como le ocurre a mucha gente que no vive en nuestro país, el constatar que la vida y la cultura continúan circulando por nuestros caminos y encontrándose en las calles y en las plazas de nuestras ciudades, a pesar de la dolorosa realidad que vivimos. Debe sorprenderle conocer que aquí, en Colombia, estamos convencidos de que realizamos los festivales de teatro y de poesía más importantes del planeta.

Usted fue siempre un artista comprometido con su entorno y con la realidad de su país y del mundo. Por eso sé que deben dolerle las noticias de que también acá, en esta tierra que debería ser de paz y de riqueza, los violentos siguen generando escenarios de horror, como esa “Guernica” que, gracias a su arte, nunca se nos va a borrar de la memoria.

Maestro Pablo Picasso: usted ha denunciado como ninguno, con el dolor del hombre que ve sacrificado su destino, la terrible tragedia de la guerra. Ese pequeño pueblo vasco de Guernica es el símbolo de tantos lugares del mundo, de tantas poblaciones de nuestra querida Colombia que son arrasadas por las armas ciegas de los intolerantes.

Yo miro a esa madre clamando al cielo con el cadáver de su hijo entre los brazos. Yo miro a ese caballo moribundo, esas manos crispadas, esas bocas suplicantes, y no puedo más que sentir su dolor y llorar su llanto. Pero también contemplo la flor, esa pequeña y solitaria flor que brota de la mano del guerrero caído, y entonces entiendo que la paz siempre tiene una oportunidad y que por esa oportunidad, por pequeña que sea, por ese rayo de esperanza, bien vale la pena luchar la vida entera.

Porque usted denunció, maestro Picasso, pero no se quedó sólo en la denuncia. Usted abrazó la bandera de la paz e hizo todo lo que estuvo a su alcance para luchar por un mundo justo donde hubiera lugar para todos, como en sus cuadros. Esa paloma que usted pintó para el Movimiento de la Paz hace medio siglo sigue siendo el símbolo inspirador de nuestras acciones. Y la razón de nuestra fe.

Aquí está Colombia, Pablo: una Colombia decidida a cambiar su horizonte por un futuro de transparencia, de paz, de progreso y de justicia social.

Su presencia hoy en este país hermoso como el más hermoso de los paisajes del arte, es un voto de confianza en nuestro futuro y en nuestra vocación de mantenernos en diálogo entre nosotros y con el resto del mundo. Un país incomunicado es un país que se muere. Un país que no crea, que no se abre al arte, es un país sin esperanza. Por eso nuestra decisión de abrir esta exposición y de invitarlo a usted, maestro, a inaugurar con sus obras una nueva era en nuestro devenir cultural.

No podemos aislarnos. En la medida en que lo hagamos, nuestra nación dejará de existir y terminará convertida en una serie de fragmentos, que sólo su genio podría volver a articular en un mismo lienzo.

¡Picasso está en Bogotá! Con esta buena noticia y con cada evento artístico que convoque el encuentro entre los colombianos, estamos construyendo el futuro que queremos. La cultura es nuestro gran poder de resistencia, pero sobre todo, nuestro gran poder de creación.

Como alguien lo dijera, la única posibilidad de mantenerse vivo radica en la imaginación y en seguir soñando. Nosotros

seguimos soñando, pero nuestros sueños nos hacen fuertes, no nos debilitan. Fueron los sueños los que lo hicieron fuerte, maestro Picasso, y los que lo mantuvieron vivo en medio de la guerra. Son los sueños en Colombia los que nos impulsan a hacer de ella una nación libre y en paz. Una nación en la que tengamos la dicha de abrazarnos en nuestra diversidad. Una nación capaz, no sólo de tolerar las diferencias culturales, ideológicas y políticas, sino también de enriquecerse de ellas y de convertirlas en motivo de fiesta y de celebración.

Usted, Pablo Picasso, es el maestro del cambio. Después de que usted encandiló al mundo y a los críticos con la creación de esas cinco desafiantes y multifacéticas “señoritas de Avignon”, nada volvió a ser igual en el arte.

Una nación también es una creación que no acepta definiciones acabadas, que no puede encasillarse ni permanecer idéntica a lo largo del tiempo. Una nación viva siempre está en cambio, siempre está en tránsito hacia algo nuevo, siempre tiene que encontrar la fuerza y la imaginación para renovarse. Por eso Colombia hoy es un lienzo inacabado, en trance de superar sus dificultades y de cambiar

profundamente su destino. De nosotros depende generar un futuro promisorio y escapar a las profecías de los pesimistas.

Este encuentro con usted, maestro Picasso, nos sirve para recordar el infinito poder que tiene la cultura para crear nuestra nación según nuestros sueños, pero también, según los sueños de otros.

La gran vocación de Francia en el concierto de las naciones es la de ser un lugar de diálogo y enriquecimiento mutuo entre las culturas. Esa fue la Francia que usted vivió y es la misma Francia que hoy hace posible para Colombia esta brillante exposición. Una nación multicultural que reparte los dones de su arte con generosidad.

Picasso: usted que nunca ha dejado de ser un español auténtico, también le debe a Francia los principales motivos de su creación.

Y ya que estamos agradeciendo, pienso que lo más justo es felicitar al Museo Nacional de Colombia por haber emprendido esta aventura picassiana en un momento tan complejo como éste, y agradecer a todas las personas, instituciones y

empresas que con su trabajo y su amor por nuestra patria hicieron posible este nuevo espacio de encuentro entre los colombianos y el pintor más grande del siglo XX.

Muy especialmente, quiero llamarle la atención, maestro Picasso, sobre la labor dedicada y amorosa que ha desplegado doña Elvira Cuervo de Jaramillo en la preparación de esta exposición y en la transformación de este museo, -que alguna vez fue una cárcel, y que ahora sirve de recinto para la liberación del alma-, en lo que es ahora: El gran museo de Colombia, donde nos reencontramos con nuestro arte, con nuestra historia y con nuestra nacionalidad. ¡Gracias, Elvira!

Maestro Pablo Picasso:

Hoy usted nos inunda con su universo. Hoy las calles y las plazas bogotanas registran atónitas la presencia de extraños minotauros, de arlequines y saltimbanquis vestidos de rombos, de bailarinas, de toros y toreros, de músicos con mandolinas y guitarras, de espejos rotos y mujeres desnudas que nos miran de frente y de perfil.

Aquí no más, a pocos pasos de nosotros, en estas paredes centenarias, reposa una muestra significativa del arte colombiano, que hoy se ve engalanado con su visita. Y me parece escuchar –estoy casi seguro- a sus pinturas hablando con las nuestras. Allí está el torpe payaso Pierrot susurrándole piropos a las lavanderas del Sena de Andrés de Santa María. En la otra sala hay unos toreros españoles que insisten en tomar la alternativa en la voluminosa plaza de toros de Botero y hay una guitarra picassiana que toca a dúo con una redonda mandolina boteriana. Más acá, tal vez, un fauno duerme su siesta vigilado por un cóndor de Obregón. Y en la rotonda, la bailarina Sada Yacco llora junto al cuerpo dolorido de la “Mujer del Levita” de Epifanio Garay, mientras la “Mujer que se peina” se distrae suavemente, mirando jugar a la “Niña de la Columna” de Ricardo Acevedo.

¡Bienvenido a Colombia, usted y sus obras, Pablo Picasso! Aquí amamos la vida, como usted. Aquí vibramos con el arte y con su arte. Aquí luchamos incansables por construir un mejor mañana, un mañana de tonos rosas y azules, donde la sangre nos hierva en las venas pero no se derrame jamás sobre la tierra.

Aquí se quedará viviendo para siempre, como habita ya en la historia del hombre y de su arte. Su nueva visión habrá de acompañarnos para buscar nuevas soluciones a los problemas viejos. Queremos mirar con sus ojos para poder crear con sus ojos. Porque antes de la mano y el pincel estuvo su mirada: una mirada nueva que construyó un universo.

Por eso quiero terminar estas palabras sentidas, con los versos inspirados de otro español, de Alberti, quien se rindió también ante su genio y ante sus ojos, “los ojos de Picasso”:

“Todo el amor para esos ojos. El cielo entero para esos ojos.
El mar entero para esos ojos. La tierra entera para esos ojos.
La eternidad para esos ojos”.

Muchas gracias.